

glicencia y desprecio se presume de los que, viviendo lejos del centro episcopal, no se disponen y apresuran á recibir el Sacramento cuando el Prelado hace la visita en su pueblo, y con mayor motivo son inexcusables los que morando en la capital de la sede, y llegados á la edad competente sin haber recibido el Sacramento, no se presentan al Obispo la primera vez que lo administre; de suerte que, segun san Carlos, incurren en las mismas penas señaladas por los cánones contra los negligentes y despreciadores del mismo Sacramento.

¿Acaso no se pueden atribuir á esta culpable indiferencia, cuanto á las profanaciones de este Sacramento, las vergonzosas caidas y las defecciones sin número que deshonran á la Iglesia y hacen blasfemar á los impíos? En efecto, ¿por qué habria de ser ahora al revés que antes? Consultemos la historia, y veremos en ella registrado un suceso que es muy propio para nuestra instruccion. Cierta sugeto llamado Novaciano fué bautizado durante una enfermedad, hallándose en peligro de muerte; restablecido ya, descuidó recibir el sacramento de la Confirmacion, y débil hijo de la fe, soldado sin armas, en breve fué juguete del demonio. Impulsado de indignos móviles, halló medio para ordenarse de sacerdote, y en este nuevo estado produjo un cisma que degeneró en herejía, turbando la paz de la Iglesia durante mucho tiempo, y al cabo murió lastimosamente. Ahora bien; todos los Padres afirman sin vacilar, que el primer motivo de tantas caidas fué la negligencia de este sugeto en recibir el Sacramento de la luz y de la fortaleza<sup>1</sup>.

7<sup>o</sup>. *Su liturgia.* ¿Quiérese ahora ver en cierta manera con los ojos, y palpar con las manos, así la grandeza del sacramento de la Confirmacion como la dignidad á que ella nos eleva, y las disposiciones santas que se requieren para recibirla? Atendamos al pormenor de las preces y ceremonias que desde su origen se practicaron, y se practican aun en su administracion. Salidos apenas del Cenáculo, los Apóstoles confieren obligatoriamente este Sacramento á los recién bautizados. San Pedro y san Juan pasan á Samaria, y confirman á los fieles bautizados por el diácono Felipe<sup>2</sup>, é impuestas sus manos, desciende sobre ellos el Espíritu Santo. Lo mismo se practicó en el decurso de los siglos. « Al salir del santo lavacro, dice Tertuliano, somos ungidos » con el óleo bendito... y aunque esta unción se practica en el cuerpo, sus efectos se producen en el alma; y despues imponen sobre nosotros las manos para la bendicion, invocando é invitando al » Espíritu Santo<sup>3</sup>. » La unción de que aquí se trata practicábase en la frente, y solo el Obispo podia hacerla<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Historia de los Sacramentos, t. I.

<sup>2</sup> Act. VIII, 14, 15, 17.

<sup>3</sup> De Baptis. c. 7 et 8; De Resurrec. car. c. 8; S. Cypr. Epist. LXX.

<sup>4</sup> Innoc. I, epist. ad Decent. Eugub. c. 3.

La imposición de manos y unción de que acabamos de hablar no eran unas ceremonias silenciosas, pues iban acompañadas de palabras sagradas y de gran virtud para atraer sobre los confirmandos gracia y santificación, siendo tal el respeto de los primeros cristianos por ellas, cual por todas las demás expresivas de nuestros misterios, que las ocultaban con gran cuidado por temor que no llegasen á oídos y á conocimiento de los profanos<sup>1</sup>. Mediante estas palabras ó preces, se invocaba al Espíritu de los siete dones, repitiendo á veces al final de las mismas la palabra *amen*, cual se practica ahora; y de ello nos da una prueba el pontifical MS. del obispo Egberto, que vivia en el siglo VIII, poniendo en boca del Obispo la oración siguiente: « Dios todopoderoso y eterno, que os dignásteis regenerar á vuestro siervo » por medio del agua y del Espíritu Santo, y le otorgásteis el perdón » de todas sus culpas, derramad sobre él desde lo alto del cielo los » siete dones de vuestro Espíritu Santo, *amen*. Concededle el espíritu » de sabiduría y de entendimiento, *amen*. El espíritu de fuerza y de » consejo, *amen*. El espíritu de ciencia y de piedad, *amen*. Llenadle » del espíritu de temor de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, y marcadle con el sello de la cruz santa por la vida perdurable, *amen*. » Al practicar la unción con el santo crisma, decia el Obispo estas palabras: *Yo te confirmo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*<sup>2</sup>.

El crisma santo de que el Obispo se servia para la Confirmacion no era aceite comun, sino otro previamente bendecido y consagrado con preces en el ara misma donde se consagraba la Eucaristía; cuya consagracion se remonta á la época de los Apóstoles como la del agua bautismal, y se hacia en el nombre de Jesucristo, que quiere decir *ungido*, y que determina la misma unción; y de aquí el llamarse *crisma* luego que ha sido consagrado, porque *crisma* y *cristo* proceden de igual origen<sup>3</sup>. En este santo crisma, pues, se reconocia tal virtud, que san Cirilo de Jerusalem, conforme vimos, lo compara al pan eucarístico, asegurando que obra por la presencia de la Divinidad<sup>4</sup>.

Tales eran la materia y la forma de la Confirmacion en los primeros siglos de la Iglesia; respecto al lugar propio para administrarla, parece no habia otra regla que el beneplácito del Obispo, quien la conferia, ó bien en la misma iglesia, ó en las sacristías<sup>5</sup>. Estas eran entonces mucho mas capaces que en nuestros tiempos, y por lo tanto mucho mas propias para semejantes ceremonias; cual la de Santa

<sup>1</sup> Innoc. I, Epist. ad Decent. Eugub. c. 3.

<sup>2</sup> Orden romano, escrito hácia el siglo VIII.

<sup>3</sup> S. Cypr. Epist. LXX; S. Basil. De Spir. Sancto, c. 17; Optat. Lib. VII de Schis.

<sup>4</sup> Catech. Myst.

<sup>5</sup> Orden romano.

Soffa de Constantinopla, que era tan grande que los Turcos hicieron de ella un arsenal, uno de los mayores del universo. Para este Sacramento se tomaban padrinos así como para el Bautismo, usanza que tambien se remonta á los tiempos apostólicos, y además era costumbre que los confirmandos llevasen una tira de lienzo con que se les ceñía la frente despues de ungidos, cuya tira ó venda debia ser de lino, recia, sin nudos ni roturas, ancha de tres dedos, de longitud proporcionada, y perfectamente blanca y limpia<sup>1</sup>. Despues de la ceremonia, la conservaban puesta algun tiempo, ya por respeto al santo crisma, ya por temor de que no llegasen á él manos profanas<sup>2</sup>.

Tantas precauciones exteriores indican asaz las interiores que se exigian para la recepcion de este Sacramento, queriéndose que los confirmandos trabajasen con abinco en limpiar su conciencia de toda mancha de pecado por medio de la confesion y la penitencia; que los adultos estuviesen bien instruidos en los principales misterios de la fe, y caso de suponérseles alguna ignorancia, interrogábaseles en el acto para ver si sabian la Oracion dominical, el Ave María, el Credo y los Mandamientos; debian además estar en ayunas, y en la víspera de la Confirmacion lavarse el rostro y hacerse cortar el pelo, para que no impidiese la unción cayendo sobre la frente<sup>3</sup>. Tambien el Obispo debia estar en ayunas, conforme aun se practica, y decimos el Obispo, porque de los Apóstoles acá solo á ellos está cometido administrar la Confirmacion, y si alguna vez lo han hecho simples sacerdotes, ha sido mas bien por tolerancia<sup>4</sup>, ó en virtud de autorizacion especial, la que aun hoy dia se concede en algunas misiones extranjeras.

Podemos añadir que la costumbre de confirmar inmediatamente despues del Bautismo subsistió hasta el siglo ix. En esta época algunas iglesias empezaron á diferir la Confirmacion, porque la sola noche de Pascua ó de Pentecostes no bastaba para administrar á la vez ambos Sacramentos á toda la multitud que acudia á recibirlos; por donde se ve que las variaciones introducidas por la Iglesia en su antigua disciplina fueron aconsejadas por las circunstancias, y eso nos manifiesta tambien la sabiduría de esta vigilante Esposa del nuevo Adán. Tal es la historia compendiada de la Confirmacion desde los Apóstoles acá: pasemos ahora á explicar su ritualidad presente.

El Obispo antes de empezar se pone el roquete, simbolo de inocencia, la estola, insignia de su poder divino, y la capa encarnada, cuyo color indica la ardiente caridad del Espíritu próximo á descender; lávase las manos en señal de la gran pureza requerida por la

<sup>1</sup> Pontifical de Egberto, siglo VIII; concilio de Wigorne y de Colonia, 1280.

<sup>2</sup> Concilio de Chartres, 1526.

<sup>3</sup> Concilio de Colonia antecitado.

<sup>4</sup> Así sucedió en Cerdeña. (Véase S. Greg. Lib. III epist.)

augusta ceremonia que va á desempeñar; entonces llegándose al altar y vuelto de rostro á los confirmandos, pronuncia estas palabras: *¡ Descienda sobre vosotros el Espíritu Santo, y la virtud del Altísimo os preserve de todo pecado!* palabras que expresan á la vez los deseos del Pontífice, las maravillas que van á obrarse, y las obligaciones de los que se acercan al Sacramento. Pronunciadas, echa el Obispo su bendicion, y santíguase á sí mismo para atraerse toda la fuerza de Dios, diciendo: *Todo nuestro auxilio está en el nombre del Señor.* Auxilio seguro y victorioso, *porque este es el Señor que ha hecho el cielo y la tierra,* responden los asistentes. Animado con esta respuesta divina, añade el Prelado: *¡ Señor, oid mi oracion!* Y los asistentes, uniéndose á él para formar el mismo deseo, responden: *Y que mi clamor llegue hasta Vos.*

Estas invocaciones tan tiernas, cuales no se encuentran otras en ningun idioma humano, ascienden hasta el cielo: la Iglesia conoce la fuerza de la oracion, y el Pontífice conoce tambien la suya. Él ha sido enviado como dispensador de los misterios de Dios; mas, penetrado de su propia flaqueza, en el temor de que su indignidad no sea obstáculo para los dones del Señor, acude al que es Dios santo y fuerte, y llámale en su ayuda á favor de los que postrados al pié de los altares aguardan el momento de que el Espíritu Santo se posesione de su corazon<sup>1</sup>. Extendidos, pues, los brazos hácia ellos, en muestra de que va á cobijarles el Espíritu Santo, pronuncia esta hermosa oracion, usada ya en el siglo VIII: « Ó Dios eterno y todo-  
» poderoso, que os dignásteis regenerar á vuestros siervos con el  
» agua y el Espíritu Santo, y les concedisteis el perdon de todos sus  
» pecados, infundídes desde lo alto del cielo vuestro Paráclito, el  
» Espíritu autor de todos los dones. Los asistentes responden: *Amen,*  
» así sea. — El espíritu de sabiduría y de inteligencia, *amen.* — El  
» espíritu de consejo y de fuerza, *amen.* — El espíritu de ciencia y de  
» piedad, *amen.* — Colmadles del espíritu de temor, y llamádoles  
» á la vida eterna, ponedles por señal la cruz de Jesucristo. Os lo  
» suplicamos por el mismo Jesucristo Nuestro Señor Hijo vuestro, que  
» vive y reina con Vos en union del Espíritu Santo por todos los siglos  
» de los siglos, *amen.* »

Mientras se reza esta oracion, los confirmandos permanecen arrodillados, esforzándose á entrar en los mismos sentimientos que los Apóstoles albergaban en el Cenáculo aguardando al Espíritu Santo, pidiéndole que baje á trocarles en hombres nuevos, santos, celosos y firmes en la fe. Hecha la imposicion de manos, siguen aquellos en la misma postura, mientras el Obispo va de uno á otro ungiéndoles la frente con el santo crisma, y dice: *Yo te marco con la señal de la*

<sup>1</sup> *Espíritu de las ceremonias de la Iglesia.* por Mr. Thirat.

cruz<sup>1</sup>; y luego, formadas tres cruces en la cabeza con la misma mano, añade: *y te confirmo con el crisma de salud, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Por el ungido responde el asistente: *Amen*, así sea. Entonces el Obispo da una ligera bofetada al confirmado, para indicarle que cual generoso atleta debe hallarse siempre pronto á sufrir con incontrastable valor toda contradicción por el nombre de Jesucristo; y al dársela dice: *La paz sea contigo*, esto es, será premio de tu valor la paz, la paz de una buena conciencia, la paz de Dios, que es superior á todo bien, y que durará por la vida, por la muerte y por la eternidad.

Después pasa á purificarse las manos, y entre tanto se canta una antifona para suplicar al Señor se digne consumir la obra tan felizmente empezada. Concluido el Canto, el Obispo desde el altar hace ardentísimos votos por la perseverancia de los confirmados, á quienes da otra vez la bendición, formulando su deseo en esta magnífica frase: *Bendigaos el Señor de lo alto del cielo, á fin de que todos los días de vuestra vida veais los bienes de Jerusalem, y alcanceis vida eterna.* No hay expresión humana para traducir y dar á comprender toda la paternal ternura contenida en esta bendición, que la Iglesia da á sus hijos por medio de su ministro. El Obispo vuelve á encomendar á los confirmados que rueguen por él, y recen una vez el Símbolo de los Apóstoles, la Oración dominical y el Ave María, como efectivamente lo hacen antes de salir del templo; recuerdo de la antigua práctica por la que el Obispo advertía á los padrinos y madrinas la obligación que tenían de instruir á sus ahijados acerca de sus deberes y las verdades de la Religión<sup>2</sup>. Concluido todo, retíranse cantando el salmo tan adecuado á las circunstancias: *Todas las naciones alaben al Señor, todos los pueblos le bendigan, porque su misericordia ha reposado en nosotros, y su verdad permanece eternamente!* ¡Felices los confirmados, en cuyos corazones se conserva intacta esta verdad de Dios hasta los últimos instantes de su vida!

8º. *Beneficios que reporta la Confirmación á la sociedad.* ¡Felices también la sociedad y las familias, para cuyo bien fué establecida la Confirmación! En efecto, la enseñanza social comenzada en el Bautismo continúa en este segundo Sacramento. Cuando el hombre viene á la tierra, la Iglesia dice: « Sé santo, pues eres hijo de Dios, hermano de los Angeles, y templo de la augusta Trinidad, » y todas las virtudes que hacen de la infancia la edad mas embelesadora se encarecen en el Bautismo; mas en el momento en que el hombre va

<sup>1</sup> Si multitudo confirmandorum id exigeret, dispositis illis per ordinem super gradus presbyterii, vel alibi, Pontifex, stans cum mitra, illos confirmat per ordinem genuflexos, et uno ordine confirmato, illi surgunt, et alii genuflectunt et confirmantur, et sic usque in finem. (*Pontif. rom.*)

<sup>2</sup> Pontifical romano.

á emprender la carrera de la vida, ¿le dejará la Iglesia sin instrucción? no por cierto: madre siempre solícita, ella sale á su encuentro, y con poderosas gracias en las manos, con preceptos de divina sabiduría en los labios, le dice: « Hijo mio, hazte cargo de lo que eres: la vida terrena es una lid; tú eres otro de los soldados; » y resumiendo entonces todas las antiguas tradiciones, disputa á su Pontífice para que en medio de solemnes ceremonias arme al jóven manco por caballero de Jesucristo. « Mas te digo, querido hijo, añade » la Iglesia, no solo has de ser soldado, sino soldado victorioso; tu » carrera será una cadena de triunfos: hé aquí tus enemigos, de » monio, carne y mundo: hé aquí tus armas, vigilancia, mortifica » cion y fe. Paladín de Dios, hijo de innumerables héroes, tú vas á » combatir á su vista, á la de los Angeles y á la de tu Madre; sé, pues, » digno del nombre con que te honras. » Y en seguida aquel óleo santo que corre sobre la frente de los Reyes cuando se coronan, corre también sobre su jóven rostro; pues él también ha de ser rey, rey de sí mismo, y rey victorioso, aunque debiendo conquistar su corona y defenderla por medio de combates los mas encarnizados; y en la tierra la llevará de espinas para granjearse una de gloria en la eternidad. Un ligero cachete sirve para acabar de enseñarle á soportar grandes injurias.

TÚ ERES REY; hé aquí la primera palabra que la Iglesia dice al hombre en la Confirmación.

Hijo y hermano de Jesucristo, eres todavía algo mas en nobleza, pues eres sacerdote; tu altar es tu corazón; tu víctima eres tú mismo, es el mundo, es cuanto te rodea: hé aquí el holocausto que has de ofrecer á cada hora del día y de la noche, desde el actual momento hasta el postrer suspiro; el fuego que la ha de consumir arderá en tu corazón siempre, y este fuego es el espíritu de amor que descende en tí como descendió en el Cenáculo, fuego voraz á cuya acción nada resiste... Y entonces la unción santa del sacerdocio corre sobre la frente del jóven cristiano.

TÚ ERES SACERDOTE; esta es la segunda palabra que la Iglesia dice al hombre en la Confirmación.

El Hijo de Dios fué profeta; á su ejemplo, pues, ó hijo mio, sé profeta, en tus palabras, anunciando los bienes futuros; en tus obras, dando testimonio de que el mundo es para tí un destierro, y que divisas tu patria mas allá; en tu santidad, mostrando á la vista de todos que eres un hijo de este Dios tres veces santo, que crees en sus juicios formidables, que temes su cólera terrible, y que esperas el galardón prometido á los que permanezcan fieles... Y el óleo santo que corrió sobre la frente de Isaías, de Jeremías, de Daniel, corre también sobre el jóven cristiano.

TÚ ERES PROFETA; esta es la tercera palabra que la Iglesia dice al hombre en la Confirmacion.

¿Abarcais ahora los rayos de luz que tocante al objeto de la vida y á los deberes del hombre derrama esta triple palabra? ¿Comprendeis cuanto hay de grande, poético y sublime en esa triple consagracion? ¿Creeis de buena fe que ella nada diga al corazon tan ardoroso y á la imaginacion tan viva de un adolescente? ¿Conoceis otro medio mas pomposo de enseñar al hombre la santidad, y de obtener el milagro de los milagros, la castidad en un corazon de quince años, en medio del hervor de las pasiones, y de contener así en su origen el torrente de iniquidades que, tras la degradacion del individuo, desolan á la familia y acarrear confusion y desórden á la sociedad? De otra parte, los largos preparativos que anteceden á la recepcion de este Sacramento, las muchas instrucciones, las fervorosas plegarias de padres y de hijos, la llegada del Pontífice anunciada muy de antemano, esperada con impaciencia; sus palabras... ¿Qué mas? Ese conjunto de solemnes circunstancias, ¿es creible que no ejerza accion alguna sobre las costumbres públicas? Y ¿qué, si añadimos que todo esto no se reduce á una ociosa y vana enseñanza, pues es una fórmula que involucra en sí la fuerza de realizar cuanto promete? ¿Quién no comprende lo muy poderosamente que la Confirmacion tiende á ennoblecer al hombre, y á inspirarle sentimientos y acciones verdaderamente dignas de él y de la sociedad, puesto lo serán de Dios y del cielo?

Suprimid la Confirmacion, y tendrémós el adulto en el ingreso de la vida, abandonado al azar sin brújula, sin término fijo y sin inteligencia de su predestinacion en la tierra; soldado inexperto, no conocerá á sus enemigos, ni qué armas haya de emplear, ni cómo haya de manejarlas; niño robusto, gastará inútil y perjudicialmente su vigor hiriendo y desgarrando á los que encuentre en mitad de su camino. Suprimid la Confirmacion, y desaparecerá toda poesia de la existencia del hombre: no mas hidalgos pensamientos para sostenerle en su continua lid; no mas prodigios de continencia, no mas lirios y rosas para orlar la frente del mancebo; no mas espíritu de sacrificio en el corazon del hombre maduro; do quiera únicamente degradacion, mancilla y egoismo. ¿Qué será de la sociedad despues de esto?

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme infundido vuestro Espíritu Santo con todos sus dones; no permitais que jamás contriste en mí á ese Espíritu de santidad y de caridad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, no quiero jamás avergonzarme de parecer verdadero cristiano.

LECCION XXIX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Eucaristía. — Figuras. — Se define. — Sus elementos, materia, forma, ministro. — Su institucion. — Sus efectos. — Disposiciones para recibirla. — Necesidad de ella.

¡La Eucaristía! Hé aquí el Sacramento mas augustó; hé aquí el manantial mismo de la gracia; hé aquí el inefable misterio por el cual se opera entre Dios y cada uno de nosotros la union mas perfecta que aquí bajo podemos alcanzar; union deífica, de la cual apenas dan idea dos trozos de cera fundidos entre sí, segun el lenguaje de los santos Padres<sup>4</sup>. Despues de la Comunión, ya no hay mas que el cielo: ella es el paraíso en la tierra; y naturalmente sigue despues del Bautismo y la Confirmacion. El niño, luego que ha salido á luz, necesita un alimento proporcionado á su debilidad, y el soldado en campaña necesita el pan de municion; del mismo modo el cristiano nacido á la vida espiritual por el Bautismo, alistado bajo la bandera de Jesucristo por la Confirmacion, no puede pasar sin alimento que sostenga su vida, y aliente sus fuerzas en los combates de la virtud. Este alimento lo tiene en la Eucaristía, llamada *pan de los fuertes, trigo de los elegidos, vino que produce y conserva la virginidad*, vigorizando el alma contra las pasiones que la degradan.

*Figuras de la Eucaristía.* El augustó Sacramento del altar, llamado por el Profeta: *compendio de todas las maravillas de Dios*, y por los santos Padres *extension de la Encarnacion*, ocupa en la Religion un lugar tan dilatado, que desde el principio del mundo cuidó Dios de anunciarlo á los hombres, y atraer su atencion sobre este punto capital por medio de reiteradas figuras y profecías. En otro lugar hablaremos de la famosa prediccion de Malaquías; tocante á las figuras, algunas de las cuales las han explanado los Padres de la Iglesia, bastarán para demostrar incontestablemente los designios de Dios, y patentizar la excelencia de este augustó Sacramento.

<sup>4</sup> Quemadmodum enim si quis ceram ceræ conjunxerit, utique alteram in altera invicemque immeasse videbit; eodem quoque opinor modo, qui Salvatoris nostri Christi carnem sumit, ac ejus pretiosum sanguinem bibit, ut ipse ait, unum quiddam cum eo reperitur. (S. Cyril. in Evang. Joan. v, 56.) Véanse además otros pasajes de los santos Padres, citados en la *Introduccion del Catecismo*, tomo I pág. 46.